

Ante el V Centenario. De Edificación en las Crónicas de la Conquista (I)

ALFONSO DE SIERRA OCHOA
PROF. DR. ARQUITECTO

0. Prólogo

La estupenda empresa del Descubrimiento, Conquista y Evangelización de América por España presenta -¿quién lo niega?- como toda similar aventura humana muchos episodios oscuros... negros algunos. Pero también -¿quién podría negarlo?- muchísimos aspectos luminosos, radiantes muchos. Y, entre estos y, para un universitario, el sorprendente conjunto de Relaciones, Diarios, Cartas, Crónicas e Historias, con las que sus protagonistas -o sus herederos- nos la fueron narrando.

Como universitarios curiosos y, ante la proximidad de la efemérides del 92, nos preguntábamos un día si tan singulares documentos podrían decirnos algo de lo que sus relatores vieran referente a nuestro profesionalismo (Arquitectura y Construcción) y, después de comprobar que efectivamente, en diversas ocasiones se referían a los "hábitats" indígenas, nos decidimos a "peinarlos" en sucesivas y repetidas lecturas y a ponderarlos en diversos Seminarios y Cursos de Doctorado; con lo que hoy hemos reunido un amplio "Corpus" que entendemos pudiera constituir una aportación interesante y original -dentro del estricto ámbito profesional de nuestra revista- a la conmemoración del quinto centenario.

Salvo en Méjico o en Perú, donde de entrada surgen valiosísimas "pepitas", la criba de las arenas auríferas ha sido una labor difícil y sobre todo paciente; lo arquitectónico-constructivo no interesaba a los cronistas, más sugestionados por la impresionante y novedosa geografía y sus hombres diversos y extraños; con lo que después de largas horas de cernido, apenas si la jornada dejaba sobre nuestro cedazo unos cuantos granos dorados. Hemos tenido que lavar y cernir (leer y anotar) enormes volúmenes de arenas históricas... Pero había oro... siquiera fuere difícil distinguirlo sugestionados como estábamos las más veces, por la fascinación de los acontecimientos narrados.

En nuestra labor hemos ido anotando **todas** las referencias a los "hábitats" indígenas (aun las más nimias y de pasada) que los cronistas contemplan y describen o simplemente citan. Luego las hemos ido analizando y clasificando por grupos de interés profesional (materiales, tecnologías, tipologías, léxico...) y, posteriormente y por razones geográficas, las estamos enfrentando con las supervivencias que

los geógrafos y etnógrafos descubren cada día o los arqueólogos excavan y reconstituyen.

En este quehacer nos encontramos hoy y, algo del mismo, es lo que pretendemos exponer aquí con la esperanza de que pueda interesaros.

Y, empezando por el principio...

1. De las Antillas, Urabá, El Darién y Veragua

1.1. Las Islas

1.1.1. Poblamientos

a) Para nosotros arquitectos españoles que la contemplamos hoy a quinientos años vista, la aurora americana no aconteció un viernes 12 de octubre del 492 en que según transcripción de Las Casas (1): "A las dos horas después de media noche, apreció la tierra... que vido primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana"... Para nosotros arquitectos, América surgió dos días después, el domingo 14, en el que, el ya Almirante anota en su diario (ibid.. pág. 33): "...y vide luego dos o tres (poblaciones) y la gente que venían todos a la playa".

Aquel día, para nosotros arquitectos, América amanece, no ya como cultura, sino como civilización... de "civis" (ciudad), algo **edificado** por el hombre y para el hombre; artificio para su vivir comunitario... **poblando** (de pueblo... población) la tierra... una tierra que ofrece al admirado mirar del Almirante y sus hombres, multitud de poblamientos cuidadosamente anotados en sus diarios y relaciones (2).

b) ¿Cómo eran estas poblaciones?

En general y salvo una de la Isla de Cuba de "hasta cincuenta casas donde diz que había mil vecinos" (ibid. pág. 56), las restantes "entre muchas poblaciones... no vide que ninguna pasase de doce hasta quince casas" (ibid. pág. 40) y "muchos pueblos chiquititos de hasta cuatro o cinco" (3).

Estas poblaciones son "sin concierto de calles" (ibid. pág. 222). Escepcionalmente y, en la Española ("la más hermosa cosa del mundo... con tierras que excedían a todas las islas de Castilla en fertilidad, hermosura y bondad" (ibid. pág. 257), aparecen dos grandes asentamientos "una población de 1.000 casas y más de 3.000 hombres" (ibid. pág. 259); y la

capital del rey Guacanagari *"la mayor y más bien ordenada de calles y casas ... (con una)... plaza que tenían muy barrida ... (y) más de 2.000 hombres e infinitas mujeres y niños"* (ibid., pág. 274).

En ocasiones también el poblamiento era extensivo *"una amena llanura... tan poblada que parecía un pueblo de más de una legua de largo"* (4); poblaciones todas ellas en las que, según Fernández de Oviedo (5) *"en cada plaza y también a las salidas, había... un lugar diputado para el juego de la pelota... puesto con asientos"* y también Pedro Mártir de Anglería (6) *"Tienen una plaza que rodean todas las demás casas del pueblo, en la cual se reúnen todos a jugar"*.

Y de pronto, una excepción urbanística que responde igualmente a una excepción étnica: un poblado caribe (guerreros y antropófagos depredadores de las demás pacíficas islas y riberas antillanas), que curiosamente no recogen ni los Colón (Almirante y Hernando) ni Fray Bartolomé, pero que llamará la atención de ese sagaz inquiridor que, en la península, espera (y trasmite a Italia) las noticias de las Indias, leyendo todas las cartas y relaciones que de allí llegan y sobre todo entrevistando a y charlando con todos lo que de allí vuelven.

En la antes citada década, Pedro Mártir de Anglería nos habla de *"innumerables aldeas... de sólo veinte o treinta casas (que) guardan la disposición de una plaza al estar construidas las chozas en círculo alrededor de un ruedo"*. Es decir, una planta con intención poliorcética en contraste con la falta de orden o la organización abierta que pudiera inducirse de las descripciones anteriores.

En ocasiones (Fernández de Oviedo ibid. pág. 217), también los pueblos se rodean de paladizas de *"árboles plantados a cinco o seis pies que crecen y engordan hasta juntarse"*.

1.1.2. Vivienda

a) En general, todos los cronistas citados (y los que a seguido irán apareciendo) se han fijado algo más en la vivienda.

Desde las primeras escuetas noticias que de ellas nos da el Almirante, sobre unas casas de la isla Ferdinanda *"muy barridas y limpias... todas a manera de alfaneques (7) y muy altas y buenas chimeneas"...*(Los cuatro viajes, pág. 40) *cubiertas por hojas de palmas..."* y *"creyó que en cada casa se juntaban muchas personas"* (ibid. pág. 48). Una de ellas *"tenía treinta y dos pasos largos de diámetro, pues era esférica, y ... estaba rodeada de otras bonitas casas"* (Pedro Mártir, ibid. pág. 25).

En Cuba *"son de manera de alfaneques grandísimos"* que según sus cálculos albergarían de 20 a 30 personas *"porque en cada una habitan los de una familia"* (Hernando Colón, ibid. Tomo I, pág. 119) y *"parecían tiendas en real o ejército"* (Las Casas, ibid. Tomo I, pág. 221).

Es también Fray Bartolomé (Libro I, cap. XIII)

quien nos amplía ya más las escuetas referencias del almirante y su hijo (ibid. pág. 214): *"Las casas son de madera y paja, muy luenga y delgada, hechas del modo de una campana, por lo alto angosto y a lo bajo anchas, y para mucha gente bien capaces; dejan por lo alto respiradero por donde salga el humo y encima unos caballetes o coronas muy bien labradas y proporcionadas, o son como dice el Almirante, de hechura de alfaneques o pabellones, y ambas son buenas semejanzas. Finalmente para de madera y paja no pueden ser más graciosas ni más bien hechas, más seguras, limpias ni más sanas, y es placer verlas y habitarlas, y hacían algunas para los señores, y después en esta isla Española, hicieron los indios para los cristianos tan grandes y tales, que pudiera muy bien y muy a su placer el Emperador en ellas aposentarse"*.

Y, más adelante, nos aclara que *"en todas estas islas, como sea toda o cuasi toda una lengua, llamaban bohío a las casas"* (ibid. págs. 218).

Descripción que nos amplía Pedro Mártir, al describirnos las viviendas caribes (Década II, 3):

"Dicen que son todas de madera y fabricadas en forma esférica. Primero construyen el perímetro de la casa, hincando en tierra altísimas vigas de árboles y poniendo como sostén después por dentro otras estacas cortas, para impedir que se desplomen los postes altos de fuera. Unen a manera de tienda de campaña el extremo de los postes, de modo que todas aquellas cabañas tengan su tejado en punta. A continuación las cubren de modo muy eficaz contra la lluvia con hojas entretrejidas de palmas".

Completa con todo detalle (incluso gráfico) Fernández de Oviedo al iniciar su monumental *Historia* (Tomo I, pág. 142 y ss):

"Tomemos a las casas en que moraban, las cuales, comúnmente, llaman buhío en estas islas (que quiere decir casa o morada); pero, propiamente, en la lengua de Haití, el buhío o casa son en una de dos maneras; e en ambas se hacía, segund la voluntad del edificador. Y la una forma era aquesta; hincaban muchos postes a la redonda, de buena madera, y de la groseza, cada uno, conviniente, y en circuito, a cuatro o cinco pasos el un poste del otro, o en el espacio que querían que hubiese de poste a poste. E, sobre ellos, después de hincados en tierra, por encima de las cabezas, en lo alto, pónenles sus soleras; e sobre aquellas ponen en torno la varazón (que es la templadura para la cubierta); las cabezas o grueso de las varas, sobre las soleras que es dicho, e lo delgado para arriba, juntan e resumen en punta, a manera de pabellón. E sobre las varas ponen, de través, cañas o latas de palmo a palmo (o menos), de dos en dos, o sencillas; e sobre aquesto, cubren de paja delgada o luenga; otros cubren con hojas de bihaos; otros con cogollos de cañas; otros con hojas de palmas, y también con otras cosas. En lo bajo, en lugar de paredes desde la solera a tierra, de poste a poste, ponen cañas hincadas en tierra, someras, e tan juntas como los dedos de la mano juntos; e una a par de otra hacen pared, e átanlas muy bien con bejucos (que son unas venas o correas redondas que se crían revueltas a los ár-

boles, y también colgando dellos, como la correhuela); los cuales bejucos son muy buena atadura, porque son flexibles e tajables, e no se pudren, e sirven de clavazón e ligazón, en lugar de cuerdas y de clavos, para atar un madero con otro e para atar las cañas asimismo.

«El buhío o casa de tal manera fecho, llámese caney. Son mejores e más seguras moradas que otras, para defensa del aire, porque no las coge tan de lleno. Estos bejucos que he dicho, o ligazón, se hallan dellos cuantos quieren, e tan gruesos o delgados como son menester. Algunas veces los hienden para atar cosas delgadas, como hacen en Castilla los mimbres para atar los arcos de las cubas. Y no solamente sirve el bejuco para lo que es dicho, pero también es medicinal; e hay diversos géneros de bejucos, como se dirán en su lugar, adelante, cuando se trate de las hierbas e plantas e árboles medicinales e sus propiedades.

«Esta manera de casa o caney, para que sea fuerte e bien trabada la obra e armazón toda, ha de tener en medio un poste o mástel de la groseza que convenga, e que se fije en tierra cuatro o cinco palmos hondo, e que alcance hasta la punta o capitel más alto del buhío; al cual se han de atar todas las puntas de las varas. El cual poste ha de estar como aquel que suele haber en un pabellón o tienda de campo, como se traen en los ejércitos e reales en España e Italia, porque por aquel mástil, está fija la casa toda o caney».

b) «Otras casas también hacen los indios, y con los mismos materiales; pero son de otra fación y mejores en la vista, y de más aposento, e para hombres más principales e caciques, hechas a dos aguas, y luengas, como las de los cristiaños, e así, de postes e paredes de cañas y maderas, como está dicho. Estas cañas son macizas y más gruesas que las de Castilla, y más altas, pero córtanlas a la medida de la altura de las paredes que quieren hacer, y a trechos, en la mitad, van sus horcones (que acá llamamos haitinales), que llegan a la cumbre e caballete alto. Y en las principales hacen unos portales que sirven de zaguán o recibimiento; e cubiertas de paja, de la manera que yo he visto en Flandes cubiertas las casas de los villajes o aldeas. E si lo uno es mejor que lo otro e mejor puesto, creo que la ventaja tiene el cubrir de las Indias, a mi ver, porque la paja o hierba de acá, para esto es mucho mejor que la paja de Flandes.

«Y puede tener por cierto que los dos o tres años primeros, la cubierta de paja, si es buena y bien puesta, que son de menos goteras que las casas de teja en España; pero, pasado el tiempo que digo, ya la paja va pudriéndose, e es necesario revocar la cubierta e aun también los estantes o postes, excepto si son de algunas maderas de las que hay en estas partes, que no se pudren debajo de tierra; así como la corbana en esta isla; y el guayacán, me dicen, que en la provincia de Venezuela hacen estantes a las casas con ello, e que no se pudren por ningún tiempo. Y en la Tierra Firme hay otra madera, que la llaman los cristianos madera prieta, que tampoco no se pudre debajo de la tierra».

Tanto el Almirante como Fray Bartolomé (ibid.

Tomo II, pág. 19) recogen esta variante en la isla Trinidad: «y llegaron a una casa grande hecha a dos aguas y no redonda como tienda de campo».

c) Las viviendas de planta circular pese a que según el Almirante «tenían dos puertas, porque así son todas» (ibid. pág. 79) debían de ser muy oscuras al interior, ya que cuando Alvarez Chanca y «un cirujano de la armada» reconocieron al trapalón Guacanagari de su fingida herida, tuvieron que sacarle «fuera de la casa porque estaba oscura e no se podía ver bien» (8). Puertas que según Hernando eran «puertecitas que era menester bajarse mucho para entrar» (ibid. Tomo I, pág. 355).

d) Debieron existir tipologías especiales, de las que los cronistas nos recogen algunas.

Tal aquella, que según Fray Bartolomé «debía ser una casa de placer» en la isla de Boriquen con «una plaza con un camino... hasta el mar... hecho como una calle y las paredes de cañas cruzadas o tejidas y por lo alto con sus verduras... como si fueran parras... y un miradero alto donde podían caber diez o doce personas» (ibid, Tomo I, pág. 226).

O ciertas «casas de reyes» que según Hernando Colón (ibid. pág. 277) «están separadas del pueblo, en las cuales no hay cosa alguna excepto figura en relieve... y son oratorios».

e) No dejaríamos completo este primer reportaje sobre la edificación pre-colombina y sus tecnologías, si no recogieramos las opiniones que sus «hábitats» despiertan en los cronistas en relación con algo tan nuestro hoy como pueda ser su confortabilidad, que mientras para Alvarez Chanca médico él) «las casas en derredor tienen tan cubiertas de yerba e de humedad que estoy espantado de como viven» (ibid. pág. 268), sin bien las viviendas de los caribes aunque «moradas de paja... tienen mucha mejor hechura», como de gentes que «nos pareció más política» (ibid. pág. 159), por contra para Guillermo Como (al parecer médico también del segundo viaje de Colón en 1493) en su Relación (ibid. pág. 189) nos dice: «sus casas son magníficas... su hermosura atrajo la atención de los nuestros que pronto se convirtió en admiración» tanto que años más tarde (hacia 1548) nos confiesa Fernández de Oviedo (ibid. pág. 140), coincidiendo con la referencia que citábamos antes de Fray Bartolomé:

« Los cristianos hacen ya estas casas en la Tierra Firme con sobrados, e cuartos altos e ventanas; porque como tienen clavazón, e hacen muy buenas tablas, y lo saben mejor edificar que los indios, hacen algunas casas de aquestas tan buenas, que cualquier señor se podrían aposentar en algunas dellas. Yo hice una casa en la cibdad de Sancta María del Antigua del Darién, que no tenía sino madera e cañas, e paja e alguna clavazón, y me costó más de mil e quinientos pesos de buen oro; en la cual se pudiera aposentar un príncipe, con buenos aposentos altos e bajos, e con un hermoso huerto de muchos naranjos e otros árboles, sobre la ribera de un gentil río que pasa por aquella cibdad».

Con esta referencia al príncipe de nuestros

Cronistas de Indias (pese a la opinión del irascible Fray Bartolomé), cerramos por hoy esta primera comunicación para nuestra Revista, incluyendo algunas de los croquis que aquél nos dejó (según la edición de Pérez de Tudela).

NOTAS

- (1) *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*. Edición de Ignacio B. Anzoategui. Espasa Calpe. Buenos Aires, 1947.
- (2) De *Los cuatro viajes del Almirante* hemos recogido veintiuna anotaciones en sus diarios y cartas referentes a poblamientos indígenas en las islas Fernandina, Isabela, Cuba, Trinidad; de Fray Bartolomé de las Casas, en su *Historia de las Indias*, diecinueve, en las que aparecen además Santo Domingo, Trinidad, Cibao, San Juan, Guadalupe; y de Hernando Colón en su *Historia del Almirante*, doce de las mismas is-

- las, por no citar más que a las tres principales fuentes del Descubrimiento. En nuestro estudio irán apareciendo muchas otras más, de diversos autores (Pedro Mártir de Anglería recoge no menos de setenta y dos), que confirman y complementan las anteriormente reseñadas.
- (3) LAS CASAS, FRAY BARTOLOME DE LAS: *Historia de las Indias*, Tomo I, pág. 231. Fondo de Cultura Económica. Méjico, 1951.
- (4) HERNANDO COLON: *Historia del Almirante*. Tomo I, pág. 263. Madrid, 1892.
- (5) FERNANDEZ DE OVIEDO: *Historia General y Natural de las Indias*. Tomo I, pág. 143. B.A.E. Madrid, 1959.
- (6) MARTIR DE ANGLERIA, PEDRO: *Décadas del Nuevo Mundo*. Polifemo. Madrid, 1989.
- (7) ALFANEQUE: Tienda o pabellón de campana (*Diccionario de la Real Academia*).
- (8) ALVAREZ CHANCA: *Carta al Cabildo de Sevilla*. Alianza Editorial. Madrid, 1984.

